

Xalapa: Los símbolos de los hombres de hoy y de antaño*

Dos siglos después de que Carlos IV de España la titulara como Villa, Xalapa empieza a ejercitar (con sana modestia y oficio) la difícil tarea de examinar su memoria histórica desde la perspectiva de la tradición oral y literaria. Introspección animada por la fuerza de la identidad comunitaria tiene que considerarse este quehacer en el que la gestión pública (inteligente y de cara al futuro) se vincula al saber popular y al interés encomiable de un grupo de intelectuales, maestros y alumnos de la Universidad Veracruzana. *Sonido del agua y la arena (Historias, cuentos y leyendas de Xalapa)*—el libro que hoy se presenta es el feliz resultado de esta conjunción de esfuerzos.

“Tradición oral y literaria xalapeña, urdimbre tejida por el tiempo”, dice Francisco Córdoba Olivares en la crónica que prologa esta pequeña, interesante obra. Su texto abarca, en apretada síntesis, dos siglos de ideas y hechos, sugiriendo los contrapuntos que vendrían a definir la personalidad de la ciudad; joven-longeva; colonia-moderna; pueblerina-cosmopolita; sagrada-profana; oposiciones binarias que se remiten al ámbito mágico, y en las que tal vez faltó incorporar la que está signada por la hospitalidad hacia el visitante frente a la agresividad que se ejerce contra el co-terráneo cuando (al agotarse los espacios y los recursos sociales requeridos) el rumor y la intriga xalapeña se tornan

armas de efectos letales. “Pueblo chico, infierno grande” dice con razón el sabio refrán.

Se trata, en efecto, de un libro de versiones más que de interpretaciones. Incorpora los testimonios de informantes pertenecientes a diversas jerarquías y condiciones sociales, y en tal sentido “la verosimilitud de lo narrado importa menos que la simbología imaginaria que da paso a una pródiga actividad lingüística de retención y comunicación de formas poéticas tradicionales”, como se asienta en el prólogo. Rescate de la memoria colectiva que, ciertamente, expresa la voluntad de una sociedad por autorregularse valiéndose de normas subyacentes; convergencia de valores lúdicos y morales.

A través de este cristal tienen que leerse (y entenderse) los relatos de las tragedias escenificadas en los callejones de “El diamante”, “Jesús te ampare”, “Rincón del brujo”, “La calavera”, etc. Historias lamentables de infidelidades a las que se suman narraciones que acusan la presencia de elementos del folklore universal, como la de “Las tres pozas”, o las que hablan de tesoros, apariciones nocturnas o enanos, gnomos imaginados con todo el colorido local. A estos cuentos o historias legendarias se suman otros relatos más próximos al filo de la realidad. Sobresalen el que da noticia del aeróstato de José María Alfaro y la apología de las virtudes piadosas del obispo Guizar y Valencia, muerto incorrupto de supuestos poderes milagrosos.

Alberto Espejo, Jorge Lovillo, Patricia Morales, Elena T. Septién e Ingrid Brauer—compiladores de *Sonido del agua y la arena*—lograron reunir

* Texto leído en la presentación del libro *Sonido del agua y la arena. (Historias, cuentos y leyendas de Xalapa)* de A. Espejo, J. Lovillo, P. Morales, E. T. Septién e I. Brauer, con ilustraciones de E. Pineda. Ed. H. Ayuntamiento Constitucional de Xalapa. 1991, 212 pp.

ejemplos sobresalientes del extenso archivo de las tradiciones xalapeñas. Nos presentan en las narraciones registradas las imágenes más significativas de una visión comunitaria que ha dilatado y enriquecido, a través de los años, su configuración simbólica. Me refiero, enseguida, a un grupo de relatos (tal vez los más interesantes desde esta perspectiva) que ocupan buena parte del texto. Aparentemente diferentes si atendemos a sus nombres distintivos, son coincidentes y convergentes por cuanto hace a los elementos simbólicos en torno a los cuales se estructuran. Estas variaciones semejan movimiento de una gran sinfonía que esperan por el concertista capaz de interpretar sus sonidos.

Me refiero a los relatos que describen fantasmas femeninos a los que se imagina llorando trágicamente por sus hijos, a tiempo que seducen o aterran a los noctámbulos. Imágenes pánicas asociadas al agua y a la noche que pueden sintetizarse en la leyenda de La Llorona. A este ámbito simbólico corresponden las narraciones de "La mujer mula", "La mujer sin rostro", "La lavandera nocturna", "La mujer del río Sedeño", "La dama de blanco", "La madre muerta", "En los lavaderos del Dique", "El último fiasco", "La mujer loba", "Un niño llorando", etc., etc. En los reducidos límites de esta reseña, tiene que ubicarse su condición de seres sobrenaturales que ocupan una jerarquía sobresaliente en la cosmovisión comunitaria pese a su condición de *Kratofantas negativas* (como diría M. Eliade), toda vez que integran aspectos sexuales y pánicos referidos a contenidos de orden moral.

Estas macabras imágenes femeninas parecen operar como puentes simbólicos identificados con la maldad y la posesión diabólica divulgadas por el cristianismo. Su capacidad transfigurativa

implica atributos demológicos toda vez que el espejismo de la atracción erótica ilícita conlleva la muerte como sanción sobrenatural, indicación que es válida también cuando los relatos refieren a aspectos moralmente reprobados (la embriaguez, el infanticidio, el robo, etc.). Explicado de manera muy general, se trata de representaciones colectivas que dan cuenta de la ubicación de la mujer como ambivalente depósito de energía sobrenatural, expresión de su condición social subordinada, transformada -simbólicamente- en imágenes pánicas, fantasmales.

El lector de estas historias, cuentos y leyendas de Xalapa descubrirá -o corroborará- que en la orgullosa capital veracruzana, cuando el reloj está cerca de marcar la primera hora del año 2 mil, sus habitantes (como sus ancestros) conciben la presencia de entes sobrenaturales más allá del hecho anecdótico o del relato para niños que antecede al sueño. Esto, sin embargo, no debe sorprenderlos (y tampoco ofenderlos en su profunda convicción de seres modernos y racionales). Recientemente, el Gabinete de Estudios de Opinión realizó en el Distrito Federal una encuesta relativa al misticismo y el ocultismo. En esta importante investigación se concluye que el 43.7 por ciento de los entrevistados afirmaron creer en la existencia del diablo, y una cuarta parte confiesa no tener una posición definida al respecto. De tal forma, tres de cada cinco capitalinos encuestados, tienen una definición en torno a este aspecto, creen en la existencia de una entidad demoníaca. Este nivel de creencia resulta próximo al detectado en los Estados Unidos de Norteamérica el invierno pasado, por Gallup.¹ Así las

¹ Véase Ricardo de la Peña y Rosano Toledo L. "Religiosos y satánicos" Primer